

UN IGNOTO AMANTE URBANO

Franky J



Capítulo 1

EL PRIMER ENCUENTRO (PARTE I)

Fue casi el mismo día de la semana y el mismo lugar: Un oasis citadino en la intersección de dos ruidosas y céntricas avenidas. El tiempo devolvió su cámara a las altas palmas de cera del concurrido parque, descolgándose muy lento hasta la extraña pareja del prado. Juntos miraban el hasta entonces edificio más alto del país.

Sintió a conciencia sus pies sobre la fría escalera de arenisca, tan desierta como la plataforma de acceso al Planetario. Ni un vendedor ambulante. Hojas muertas y un polvazal indolente reemplazaban a la gritona chiquillería y a sus no menos malcriados padres, tan habituales antes del nuevo demonio vírico que ahora asolaba al mundo. Pero esa tarde, como tantas otras, no habría función de estrellas ni en el domo ni en su cabeza.

Miró su fiel y cómplice reloj, al filo de 10 minutos sobre la hora acordada. Por enésima vez, tras una fallidamente aplomada y burbujeante curiosidad, imaginó un carrusel de fisonomías probables: Rollizas, trigüeñas, amerindias, narices grandes, caucásicas finas, caras amables, otras repelentes y glaciales, tantas que al final no retuvo ninguna.

Había renunciado a conocer una de cierta tipología, que parecía vetada para él. Nada podía exigir a su vez, siendo él mismo un anti-heroico Zurita, aunque mucho menos talentoso que el del relato de Leopoldo Alas, un bicho raro que triunfó como reputado gastrónomo y cocinero, todo lo que no en las artes de Eros. Y jamás sería el híbrido ideal entre Carl Sagan y Jason Momoa para su crush virtual costarricense. La que inundó su mente y corazón con la fuerza de una supernova, era ya una idealizada nube de algodón en su larga lista de imposibles.

Ahora, acompañado de otro nítido recuerdo, volvió la vista al edificio sin gracia -salvo por sus rayas de cebra- que a media altura exhibía luces en sus ventanales. Anómalas al menos en aquella tarde pretérita.

- Supe de una pareja que iba seguido los domingos a la oficina, con total tranquilidad. "Y no creo que vinieran precisamente a trabajar" remató sarcástica Zophie Eleanor.

Blue jeans con rotos a la usanza de 1989, y ceñida a su brillante camiseta de Spiderman, aquella bajita friki de cuarenta conservaba la perfecta lozanía de una quinceañera; nada eclipsada por sus enormes gafas de marco blanco. Compacta, de bonita volumetría, tenía cabello corto y no usaba maquillaje como garantía de juventud, según consejo de su madre. Él daría fe de esto, cada instante de éxtasis que deslizó su nariz por sus mejillas de durazno. Era una adorable versión real de Vilma la caza-

fantasmas, a quien le encantaba parecerse. Sin "Máquina del Misterio" ni Scooby Doo, pero con 2 perras en su apartamento y enigmas propios. Algunos tan secretos, habían dejado de serlo para él. Como el moiré de pequitas salpicado por su busto y la tatuada margarita de Greenday, a un lado de su vientre.

-No seamos malpensados, no les basta la semana para sacar balances y se sacrifican los domingos -Dijo él, jocosamente y por llevarle la contraria. Después de todo ¿Quién necesita luces para un recuento con el tacto?

Era una tarde con prado y sin picnic, apta y relajada para saborear mil veces, cuando irrumpió una astilla, un nombre olvidado. Aquella que le confesó haberse salvado de un sicópata con quien salió, el que a los pocos meses degolló otra chica justo en ese mismo parque. Un siniestro caso judicial capitalino, un feminicidio entre millones de relatos que jamás se cruzarían, de no ser por la conspiración tejida de un tecleo cibernético y un par de soledades ligadas al azar.

Su mente inquieta le devolvió aquel fantasma, manchando su placidez de amigos y eventuales amantes. Condenada memoria que arruinaría su última noche con ella. Al mediodía siguiente dejaron la cabaña campestre, tras unas tensas horas disimulando ante los anfitriones. Por toda la carretera avergonzado, cortado por su justiciero y férreo silencio. Aún no creía que entredormido rechazara las caricias de Zophie, tras el repentino y frenético fragor de extremidades en la oscuridad.

Recordó su anhelante "qué esperas" entre la irreflexiva ebriedad, el previsor protector saliendo de su cartera, la cálida humedad de su boca mordiendo su dedo, todo menos comportarse luego de modo tan frío e inaudito. Nunca lo sabría, solo contaba con su airado reclamo. Se sintió un proscrito, igual que a sus 7 años: Habían bajado un nidito de golondrinas para limpiar aquel parlante afuera del negocio familiar. Tomó un huevecillo y en un arrebatado inexplicable, lo dejó caer al piso. Las golondrinas desesperadas, piron revoloteando por todas direcciones esa tarde. Se sintió igual que en sus tres años de pequeñajo, la mañana que sacó de sus vías aquel trencito eléctrico y lo arrojó contra el mundo, donde ya no daría más vueltas. Igual que él. Ahora, insignificante y criminal, tarde comprendió que fue la peor manera de despedirse de ella, sin pensar que ciertas invitaciones e interacciones insinúan intenciones y desvirtúan otras, rebasadas por el poder del instinto. Toda una infracción inesperada, con "i" de "impulsivo", "i" de "infame", "i" de inolvidablemente "idiota".

Lo arruinó, prisionero del pasado. Ella le recriminó haber esperado que empezaran algo formal, que volverían a ser amigos, cuando cada uno consiguiese nueva compañía. Pero tras enterarle de su buen arribo a Bogotá, nunca jamás contestaría una sola de sus llamadas.

Sus escapadas y retornos a ella, The Clash y Chris Cornell con ella, su cocina siempre desordenada, el inocente gateo desde el sofá –donde él quiso dormir y no pudo- hasta su cama; el beso que gentil y agradecida antes de irse le brindó, tras una dominical maratón de piel como mutuos debutantes en su apartamento; su pregunta desnuda sobre el futuro que tomarían, las chispas de renovada atracción y licor en el Rock Bar pueblerino del día anterior; todo eso sería arrasado desde aquel instante.

Domingos malditos, para oír el disco "OK Computer" de un tirón.
Eternamente tristes y solitarios.

Capítulo 2

EL PRIMER ENCUENTRO (PARTE II)

Zophie quedaba ya a 1210 días de distancia. Linda cifra, casi cabalística, 3 años, 3 meses, 22 días sin verla, conteo que haría las delicias del más acucioso matemático adicto a con-sumar intrascendencias... nocturnas o no. De pronto la vio llegar, sin prisa y por la misma dirección de sus memorias. Dudó un segundo que fuera ella. De apariencia muy discreta y negra chaqueta estilo parka, apenas se disculpó por tardar. Menuda, frágilmente delgada, cabello liso recogido en moña, con cierta gracia infantil, y el riguroso tapabocas sobre un rostro disponible a la imaginación. Sus ojos caídos y avellanados, reservados pero vivaces, le imprimían alguna melancolía de encanto. Su leve cojera nada importó ante su primer despreocupado "Hola", que fluyó dentro de él como un delicioso torrente de pétalos de terciopelo. A lo American Beauty, un suave cálido timbre soñado, el primero de sus misiles de seducción masiva convertido en flor, la primera de los jardines de su espalda, inexplorados por él.

El Planetario no abrió ese día, así que fueron al Museo de Arte Moderno. Era un par de sobrevivientes a derivas, y tras cálidas impresiones por chat, en cuerpo presente no habría escondrijos, como no recurriera alguno al silencio o la mentira. Escondrijos del alma, motor de aventura, iniciales brasitas de gozosa intriga, finales como hirientes agujas de hielo.

Ya en el museo, mientras ella miraba por su lado y a su ritmo, él iba con manía de turista japonés, tomando incontables inútiles fotos que luego borraría del celular. Incluso tuvo la ñoñería de pedirle el auxilio de su cuerpo. Y no se crea mal, no señor, no señorita: Solo le pidió ponerse en cierta posición... para evitar que reflejos de los vidrios dañaran las tomas. Luego pensó capturarla para una efímera eternidad, pero lo descartó: Aún no entraba a su umbral de confianza. Mejor que lo conociera tal y como era de una buena vez, sería una sola oportunidad, o de caerle mal o de tolerante hilaridad, esa que faculta para exponer la propia galería de tonterías particulares. Esas percibidas como originales, siempre y cuando la curiosidad, luego la atracción, y por último el afecto... sobreviviesen.

De pronto notó el tatuaje de raros signos en su brazo derecho, graduándola automáticamente en la clase de atípicas personas e historias. Más le impresionó aquel enorme diseño, asomado al escote de su espalda: Una sensual reivindicación de su autoestima, una transmutación gráfica de un viejo amor, unas rosas de bella ejecución, plenas de recientes pasiones e interrogantes.

Así que fueron analizándose uno al otro, mientras ella, más espontánea, comentaba las obras. Pero la galería resultó menos interesante que su primera discusión sobre el "lenguaje inclusivo". Hasta ese día, todo lo fundamental y conocido de ella se reducía a estas señas: Psicopedagoga, feminista, viajera en tenis y bicicleta, pequeña escritora amateur de eroticidades, daba igual si testimoniales o imaginarias. Parecían divergir, aun en sus gustos compartidos. Y al despedirse esa tarde, creyeron ser sólo una cita más, sin esperanza de continuidad alguna.

Quedaba una toma de Monserrate y la calle 26, con un cielo perfecto de pocas nubes. Única sobreviviente de aquel día, vista olvidada en su celular, olvidada en su laptop, olvidada en mente y corazón como tenaz anzuelo. Se llamaba Cristal.

Capítulo 3

(PARTE III:) INTERMEDIO

Apenas se filtraba la mortecina luz de la calle. En shock de muda estatua, con la frente pegada a la fría pared del estudio a oscuras, un epílogo de quinta para meses malgastados en una ciber-relación sin real oportunidad. Aquella larga agonía telefónica con Amalia, una putrefacción de celos injustos, reclamos y defensas inútiles, un colapso de espeso cansancio, enfrentado a su carácter inconciliable. Encandilado de nuevo en aquella mujer rodeada de bellos nevados y lagunas, que reapareció justo cuando Cristal empezaba a demostrarle afecto, en un fatal cruce de sucesos que malogró su amistad. Sombrías señales de aquella seductora de ojos mortalmente malevos y alma de metal, más movida por soledad y capricho, tan presta desde el inicio a terminar por las malas las distancias del corazón, ya de facto insuperables entre ellos. Más que esos 2849 Kilómetros de distancia.

Considerando que habría sido como serle infiel, descartó llamar a Cristal, quien amistosa había ofrecido ayudarle en su mudanza. Estaba marcado que Cristal sería un pretexto perfecto para romper con él, en una distancia implacable, donde él jamás pudo competir en igualdad de condiciones con aquellos cercanos pretendientes, más afines y adeptos a su estilo de vida, modos y caprichos.

Se atrincheró en su noche de guerra perdida, en su oficina y refugio. Con un pequeño mueble (tan similar al de Cristal, según recordaba), medio lleno de escasos CDs y libros, su infaltable grabadora y un plateado carrito Majorette: un último destello de su niñez entrañable, envilecido como inesperado fetiche de calmar los nervios, en sus desesperados vanos intentos por salvar lo que jamás fue ni le sería destinado... sino desatinado.

Aquel rincón, convertido un cementerio de cándidos ensueños. En su espacio tan a gusto, saboreando otra vez tanto de nada, otra fallida nueva y grandiosa travesía en compañía siempre negada a bichos como él, de la que apenas probó un preludio. Recordó a Cristal, aquellas largas confidencias nocturnas, el florecer de un desierto de dos, los inagotables pasadizos mentales entre ambos, que empezaban a tejer un lazo gradual de cálida y legítima comprensión.

Desechado y golpeado por el bumerán de indecisión, al no alejarse a tiempo de dos rumbos imposibles. Odiaba su indefensión, el no dominar del todo la amnésica y envidiable maestría de aquellos gocetas de la felicidad efímera. Morirían en su realidad, y él en la de ambas, agotados los temas, las frívolas anécdotas y almíbares sin consumir. Temas, gustos,

supuestas conexiones, espejismos, todo secundario a la locura primigenia y común, explicada por algunos ilusos como auras y vibras místicas, y no por unas engañosas, magnificantes y egoístas realidades biológicas. Para todo el mundo.

Capítulo 4

(PARTE IV): EN TIERRA INCÓGNITA

Retrocedió hasta otro domingo, mitad del último mes de 2020. Subió el último escalón de la escalera al cuarto piso, y tomando aire de valor, empezó el segundo de su nueva etapa: La encontró pintando un mural en su sala, con su estéreo retumbando salsa. Despreocupada, la dinámica estaba dada: Se dejaría atender y el invitado sería amo y señor de la cocina. El chefcito debía sorprender, aunque no fuera ningún maestro Ratatouille.

Sacó las provisiones del morral y una cerveza helada, perfecta para la bella tarde de sol. Ella no bebió. Y al cabo de dos horas, con lapsus culinario incluido, arregló y sirvió los espaguetis para Cristal, con el mismo esmero que otra librana, Marla, hizo para él en tiempos idos. Jubiloso de alegrar a su anfitriona y compartir su espacio privado, espontáneo en su mejor versión para ella, sin más desliz que un trocito de ayer para intensificar estos actuales felices segundos irrepetibles. ¿Podría marcar alguna diferencia? Oh, qué importaba, ahí estaba ese placentera y cálida sensación de novedad y de confianza recién ganada en mar abierto, más explorador que cazador -o un observador en trance de serlo-, tanteando desprevenidamente el sí o el no del porvenir. (Frase robada y propicia al momento)

Unas horas después, dos informales en blue jeans, apenas conocidos, sentados lado a lado en aquella cama plácida, segura confidente de historias (y no tan tranquila en otras fechas) Una alcoba minimalista, un enorme televisor anclado muy alto en la pared: Quizás no tan pretérito ni mudo testigo de tórridas escenas fuera de pantalla... ¡Era tan divertido imaginario en tierra incógnita! Las palomitas de maíz hace rato habían volado, y aun sobraba un tazón del rico guacamole en la cocina.

La noche llegó para otra botella de vino y una canción de Cerati sobre sentirse vivos. La amarillenta luz del velón, en claroscuros a lo Rembrandt, acentuó la felicidad de sus ojos entrecerrados, un micro-instante de aparente complacencia, una fugaz impresión amplificadas de simpatía sin compromiso. Él bebió casi toda la botella. No bastaría el día para aprender y aprehender algo de ella, contenido en un coctel de cautela y timidez, que sellaría el futuro a sólo 3 meses. No quedaba ni gota de aquel vino chileno barato aunque no desdeñable, cuya marca, un año después, ya no vería en ciertos minimarkets... sin un acre retorcijón de nostalgia y fastidio.

Mas no hubo tal premonición, mientras admiraba en la cama sus piernas finas, tan cerca y tan lejos de sus manos, sólo un anticipado paraíso de

sensaciones crujientes dentro de él. Le dio por evocar la historia del jean, herencia de unos rudos mineros de California al mundo, y que ahora silueteaban espléndidamente sus caderas delicadas. Entre la histórico-geográfica divagación, se atrevió un poco más y lanzó un furtivo atisbo entre sus piernas, su paraje de secretos inconfesados. Una exquisita visión relámpago, ambos en sombras de alto contraste, sus manos agarrando sus caderas desnudas y su cáliz venusino a la altura de su boca. "Ella misma como premio y la poetisa que no era", tal como se describía en uno de sus textos.

En algún momento, movió sigilosamente su cuerpo, rozando su cadera con la suya. Un contacto mínimo, tan leve que en absoluto lo notó. Era preferible -como tantas otras veces- perder ante su invencible monstruo interno, que ser humillado en lar ajeno. Así que apartó sensuales ensueños, y volvió con escaso interés a la trama en pantalla. Ella seguía absorta en cuchillos asesinos y chinos huyendo por un patio, una de sus exageradas, grotescas y extrañas películas que solía repetir. Y que él aprendió a detestar, destruida toda la magia que les acercó.

Capítulo 5

(PARTE V): DESENCANTO REAL/VIRTUAL

Dos en punto. Doble cruz. Bajó el puente de la Universidad Nacional, acosado por la odiosa llovizna capitalina, rumiando el fracaso con Amalia. El abrazo de reencuentro con Cristal, pospuesto por meses, contaminado, sin anhelos, sin gracia. Nunca le propuso un compromiso, menos aún navegó su mar de piel florida. Tras la doble desintegración, un despertar de resaca, con la efervescencia disipada, la amistad marchita y la interna procesión de celos, por aquel amante inoportuno que la hizo suya.

Entre lo soñado y lo vivido, prisionero de impotencia, y a enormidades de Tierra, tuvo la nítida certeza de Amalia bajando complacida del auto de un arrogante imbécil: Aún faltaban 27 horas para su gran ciber-tramoya final, y darse el gusto de mandarlo al diablo en 2 días... ya teclearía con arduo esfuerzo cada letra, como una palada que le sacara de aquellos fútiles escombros, y de las obsesiones despedazando como buitres su mente y corazón. Atajó otro llanto inútil. Pues justo al borde de la oportunidad, tan cerca de él, un adorable puente cayó. Sin más remedio. Sin más dilemas.

Causas y consecuencias se interpusieron cuánticas y perturbadoras, entre el hoy irreversible y el ayer premonitorio. Un frente a frente desangelado, en aquel anodino centro comercial, un día opaco y lluvioso, total reverso de 8 meses atrás. Él, un caso cerrado ya, con la amargura de todo lo que no podía ni quería guardarse, mientras ella revisaba impaciente y constantemente un Whatsapp que en nada le incluía. Ella idealizada, derruida y vuelta idealizar en un bucle malsano. Ella, su otra mitad de un amanecer de piel, que para bien o para mal jamás les sorprendió.

Cristal ya no le odiaba "con cada célula de su cuerpo" –desconocido por él- como decía en su carta de despedida. Tampoco le quería como antes, sólo le era un nombre más, un pasado anecdótico, olvidable al calor de un exnovio o algún postulante pensionado. Los recuerdos de diamante bien podían seguir cayendo imparables, pesados, indolentes, a un abismo oceánico de anónima neutralidad. Sin pasado. Sin futuro.

Capítulo 6

(PARTE VI): EXTRAÑO OASIS

Su imagen invadió de nuevo sus amaneceres, desbloqueando una película pausada por meses. Volvió a desearla entre su lecho, como apenas empezaba, antes que Amalia le buscara de nuevo entre videochats y ficciones, de un amor auténtico nunca vivido con nadie, según le confesara una vez. Y menos aún con él... le faltó agregar en consecuencia.

Pero aquella euforia animal pronto cedió a un romanticismo ingenuo: La caminata que jamás se repitió, el paseo en bicicleta que nunca dieron. Compartió tan poco con Cristal, y sin embargo la añoraba por siglos. Los caminos bifurcados ardían dolorosamente en cada visión deshecha, en la dura realidad de levantarse, bañarse y continuar su vida, sin todo lo que pudo y debió ser.

Un sábado fin de enero, desde los surreales sótanos de Messenger, le saludó una ex-alumna de hacía 5 años. Él apenas la recordaba en sus clases, su desgano hacia la pantalla y tablero. Jamás se verían, siendo una "mujer prohibida", como ella decía de sí misma y sabía él desde antes. Mas la madeja se iría soltando suave, involuntaria, imperceptiblemente, saliendo del laberinto a un raro y provisorio mini-oasis. Un día él se decidió, viajó a su pueblo, y desató lo inesperado... Salidas furtivas, fingidas composturas, caricias en el cine, La Candelaria, día de fotos, masato y chicha saborizada, sol y tejas coloniales por el Chorro de Quevedo, un delicioso almuerzo aquí y allá, otro día sus piernas alzadas sobre él, en el santuario mismo de su oficina, camposanto de recuerdos y cura de todos los imposibles. Aquella delgada ariana sin complicaciones, una ráfaga para todas las espontaneidades naturales, los epidérmicos apremios que a su lado parecían tan inocentes, sin preguntas, sin exigencias, sin pudor ni porvenir, por doquiera que andaban y las contadas ocasiones de verse. Y alguna fantasía final, fabulando ser tal para cual, una gran pareja en otras circunstancias, de esas tan creíbles al calor de la emoción fugaz y compartida.

Como oportuno paliativo a su soledad, no obstante estaba agradecido con aquella pequeña enigmática de sonrisa de maniquí y tan pocas palabras, que declaraba "el amor no existe" y luego disparaba de la nada al celular no sólo inverosímiles risibles y ocasionales "te amo", sino fotitos en prendas íntimas que borraba al instante. Angélique también tendría que irse, junto con su celoso esposo a Cartagena y una "nueva" vida. Así que un día -no sin algo de pesar- se despidió, sin más consecuencias ni mutuas cicatrices.

De similares tonterías por millones, un consuelo absoluto: No quedaría ni un solo recuerdo, mucho antes de morir el sol y la Tierra. Todas las

pasiones de toda la humanidad incluyéndole a él mismo, se irían a la gran nada, entre las retumbantes carcajadas de un simple "Delete" cósmico. Era la realidad radiografiada, aunque fuese en 8 mil millones de años y no viviera para verlo, aunque otros fueran felices mientras él quedara sumido en una derrota que tampoco sería eterna. Bastaba saber que, ahora mismo, no se trataba de imágenes rebuscadas ni espectaculares para compensar su fallida fracción de vida humana y vulgar, en la utópica búsqueda de trascendencia.

Capítulo 7

(PARTE VII): UNA PELÍCULA CONGELADA

En alguna dimensión del multiverso, antes o después de la muerte final del sol, quedaría un film archivado, sin sábanas voladoras, ni artificiales preludios ni ambientación definida: Después de todo, podía ser un sueño donde se omitiesen los detalles, o podría no existir nunca. Todo deja de importar allí, en ese lugar sin aparente lógica, visible como una cinta de Möbius o una botella de Klein, en un infinito juego de adentro-afuera-adentro, saliendo él de su limitado yo y de su inquieta mente, saliendo de la tormenta hacia un mar de resignada indiferencia.

Sin más narración secuencial, fuera los últimos cardúmenes que infestaban sus afectos, exigía ser él mismo lo mejor posible sin traicionarse, sin impostar un estilo, lo más ajeno a baratas historias de pieles que jamás serían la suya... desdoblarse como un alter ego imparcial, observador de lo incompleto, en su finita eternidad de niño asombrado. Nada (demasiado) personal, nada insípido, pero no más ridículo que lo ya vivido... nada más que puras instantáneas, flashes estroboscópicos, siluetas congeladas en resplandor púrpura, tal y como debían protagonizar, escenas relampagueantes casi al azar, tajadas de un espacio tiempo indefinido, repentinamente expuestas y luego desvanecidas.

Sin un Homer Simpson intruso, imprudente y torpe, ahí estaban, en una habitación sin nombre ni tiempo. Un zoom pleno a dos cuerpos longíneos atrapados allí, dos exploradores, una sensualista y un anónimo loser que susurraba un nombre acortado, bonito, diáfano y sonoro como brillos de cristal, repitiendo su "s" final en ecos eternos, desbocado al fin por sus confines palpables, en la envoltura de un alma antes separada y ahora un poco menos distante para él. Un ataque de otra intensa realidad, ahora con ella, plenos de destellos luminosos atravesando los nervios de ambos, atrapados en una gran crisálida de hilos dorados.

Ilimitadamente juntos, arrasando distancias en un vendaval de caricias desatadas como fuego, todo en palpitante inminencia, inmersos en cada milímetro del otro, bordó su vientre con dedicados y delicados besos. Su trémula y desquiciada lengua recorriendo las excitadas nuececillas de sus breves senos, libres al fin de aquel suéter blanco de rayas en zig-zag, con el que tanto evocaba su segunda y última visita.

Ahora zigzagueando su frágil orografía, sus hombros encogidos de placer, una lengua hirviente y largamente sedienta, se deslizó por cada flor tatuada de su espalda y la hondonada avenida de su espina dorsal. Al fin su delicado talle desnudo entre sus manos, tan anhelado desde la casta despedida nocturna de su departamento... Ella, amazona implacable y

cabalgante de su humanidad, prolongando los sentidos más allá del tiempo y lo real, entre gestos, contorsiones y gemidos, tan semejantes a su risa al celular... Su delgado torso de ondulante dominatriz, sobre él, arrebatado en lúbrico furor, arqueando sus piernas para hundirse aún más en ella y elevarla hacia el techo, y a la gloria misma.... sus manos rodando libres por sus pequeñas nalgas, admiradas en secreto desde el día del Museo, una sublime adoración de yemas fetichistas sobre su pequeña talla: Nada importaba un orden concreto, donde el uno continuaba al otro en una íntegra fusión, acercando aún más su vientre contra el suyo, superando las barreras del soma, como si todos los átomos de Cristal y los suyos se intercambiasen. Ella se voltea, amolda su delicada espalda a su pecho, al compás de asaltos lentos, suaves, deleitosos e incrementalmente frenéticos, a impulso locomotor... traqueteo de caderas, cadencia de ritmos, oscilaciones arriba y abajo, atrás y adelante, rugidos feroces, el trepidante fragor de su lanza salvaje, enjugada por su rosa de los delirios, pliegue y repliegue de pétalos menores y mayores, rezumantes de espeso rocío, el restallar de pieles posesas, desaforadas y salpicantes. Dos revestidos de una sola piel, extensión de toda la calidez de sus remotas conversaciones no eróticas, fibra por fibra, unidos y unguados en un no-pensar y un solo sentir... Palabras transmutadas en cuatro manos entrelazadas con cariño, antebrazo contra antebrazo, en perfecta amalgama de lujuria y mutua admiración... Degustación de labios mordelones y hambrientos, lenguas trenzadas con tanta delicadeza como devoción, catador embelesado de su máxima flor, manos multiplicadas en una gran orquesta de sensaciones, bestial y excelso, terrenal y celeste, simultáneo intérprete virtuoso de sus senos y su clítoris, de su total cuerpo sinfónico, haciendo vibrar en ella las más altas notas de placer, y un raudal de aromas agridulces y desatados... alta caída al feliz abismo, estremecidos hasta el último poro en fulgor de estrellas; una cosmogénesis final lanzándolos a siglos-luz de sus cuerpos fusionados en frenesí. Cuatro párpados cerrados en éxtasis; y de golpe los ojos sin escapatoria de ambos, disparando sendos universos contra el otro, descubriendo mutuamente el estupefacto encanto de almas que huyeron de sus epidermis, para volver a ellas recicladas en un intercambio de reflejos infinitos. Sus brazos cansados, -mas invencibles- bajo su espalda tapizada de flores, sus palmas sosteniendo con ternura su cabeza, coronando de caricias su cabello suave -como jamás aquella tarde- sintiéndola de principio a fin como una diosa revelada sólo para él, aprendiendo con delicados trazos de su nariz el contorno de sus mejillas, para no olvidarla... para que no le olvidase... ni le comparase nunca, jamás.

“Fundieron visiones y emociones indescriptibles, sintió elevarse con ella a un cielo de atardecer naranja-vi...” Cortó de tajo aquel cursi borrador final: No precisas ornamentos, ni elevarte entre nubes, cuando no alcanzas a imaginar con vehemencia veraz y tangible... cómo acaricia, cómo “ama”, cómo devolvería la pasión quien apenas pudiste conocer y acaso rozar un escaso fragmento de tu existir. Él, el anónimo ignoto amante urbano,

había llegado a su límite y fracción de sueños, y esta dimensión irreal era lo más real que había alcanzado.

Quizá en otro cubo del espacio-tiempo, tendida sobre la cama, refulgente como nieve, Cristal le dedicase un guiño provocativo, para luego cerrar sus ojos por él y por última vez. Con su cabello en moña aun, no suelto como en aquella última foto en blanco y negro, sentada junto a su bicicleta fuera de su conjunto residencial. Sí, un sábado de sol en su ventana, cuando le escribió sentirse hermosa: la confesión perdida de un alma, a veces tan similar y familiar a la suya, que con cálidas preguntas supo hacerle sentir su aprecio. Sin poder devolverle más de sí, más cerca de lo que ella tanto buscaba, sin hallar la esquiva satisfacción más allá del cuerpo: quizá nada les uniera más que esa triste noción común, sin atreverse a superarla juntos un día eterno, nunca acontecido y sin fecha. Entre incredulidad y asombro, guardaron silencio para no profanar cierta manida palabra tan difícil para los dos, más allá de un lecho entre dos desconocidos indefinidos, y que por fatalidad podrían volver a serlo; seres que algo se quisieron, que nada sabían de sí, y quizá nada más que eso sabrían, en un interminable calidoscopio gigante de vivencias, recuerdos y dimensiones.

FIN.